

LA VIDA SIMPLEMENTE DE ÓSCAR CASTRO:
LEER EN EL CONVENTILLO

LA VIDA SIMPLEMENTE BY ÓSCAR CASTRO:
READING IN THE CONVENTILLO

Antonia Viu
Universidad Adolfo Ibáñez
antonia.viu@uai.cl

RESUMEN

Este trabajo analiza *La vida simplemente* de Óscar Castro, novela escrita en 1947 y que narra acontecimientos de la vida del autor ocurridos en su infancia, desde las significaciones que la lectura asume en ella. Importa ver cómo el imaginario del libro como vehículo de movilidad social consolidado años antes de su escritura se proyecta en la historia en escenas de lectura concretas, e identificar los límites que dicho imaginario encuentra, ya sea por condicionamientos de género o por las dinámicas de una sociedad que aunque se está transformando muy visiblemente, también ejerce mecanismos de control que coartan ese cambio. Junto con esto, se estudian tanto las prácticas lectoras que visibiliza la novela, como los mecanismos de acceso a los libros desde el espacio del conventillo y las consecuencias que dicho acceso tiene para los personajes.

PALABRAS CLAVE: Escenas de lectura, conventillo, campo cultural chileno primera mitad del siglo XX.

ABSTRACT

This essay analyzes the *La vida simplemente*, a novel by Óscar Castro, written in 1947, which narrates events in the author's life that happened during his childhood. The essay looks specifically at the different meanings that reading had during that stage. The purpose of this analysis is to show how the text projects the idea of books as a means of social transformation -an idea that was consolidated years before the novel was written- in specific scenes of reading and how, at the same time, it shows the limits created by gender restrictions or by social dynamics intended to control popular subjects. The paper also studies reading practices visible in the novel, as well as the ways in which characters gain access to books from tenement houses (conventillo) and the consequences that this access has on each character.

KEY WORDS: *Scenes of reading, Conventillo, Chilean cultural field in the first half of the 20th century.*

Recibido: 17 de marzo 2014

Aceptado: 20 de junio 2014

El período que va de los años 1930 a 1950 ha sido descrito desde la historia cultural como la época dorada del libro en Chile, no solo por la prosperidad que vive la industria en esas décadas, sino también por la importancia del libro, en tanto instrumento de educación, como vehículo de movilidad social para las capas medias¹. Editoriales chilenas como Nascimento y Zig-Zag publican durante el período a autores nacionales portadores de este imaginario que escriben desde una estética criollista, como Luis Durand, Mariano Latorre o Rafael Maluenda. A principios de la década del 50 este imaginario acerca del libro y la lectura siguen vigentes, pero la sensibilidad criollista pierde terreno en autores que incorporan la experiencia personal e íntima a una visión particular de su entorno, la que queda registrada en relatos autobiográficos que se remontan a infancias ubicadas durante las primeras décadas del siglo XX como ocurre, por ejemplo, en tres títulos publicados por Editorial Nascimento en 1951: *Cuando era muchacho* de José Santos González Vera, *La vida simplemente* de Óscar Castro o en *Hijo de ladrón* de Manuel Rojas.

Estos textos pueden definirse siguiendo a Lorena Amaro dentro de lo que ella ve como textos autobiográficos, “un *corpus* dispar, en que prácticas de escritura heterogéneas (que van desde la noción más convencional de las memorias, hasta textos de carácter fragmentario o disperso, que se presentan a sí mismos como novelas, crónicas o diarios) dan cuenta de las representaciones del yo” (124). En parte de ellos es posible apreciar la importancia de la lectura como práctica en una comunidad específica, la de niños o jóvenes de clase media o abiertamente marginales para quienes el acceso a los libros les abrirá caminos alternativos; pero también permiten advertir las limitaciones que ese imaginario encuentra en un tramado cultural complejo en el que las demarcaciones sociales y estéticas se van entretejiendo con visiones ideológicas y condicionamientos de género. Estas demarcaciones se despliegan en toda su materialidad en escenas de lectura (Molloy 1996) en las que los narradores delimitan desde la ficción los contornos desde los cuales sus textos autobiográficos conciben la lectura como posibilidad de transformación social.

¹ Considerando el libro como industria, este período se caracteriza por “un panorama editorial alentador que alcanzó proyección internacional, un mercado interno activo y con diversidad de intereses, una oferta abundante de títulos chilenos y extranjeros, libros relativamente baratos, que llegaban a los lectores a través de distintos puntos de venta [...]. Una situación que, en síntesis, se vislumbra como expectante, puesto que ofrecía ventajas comparativas para transformar al país en una gran potencia editorial a nivel latinoamericano” (Subercaseaux *Historia* 162).

En el caso de *Cuando era muchacho* de José Santos González Vera, por ejemplo, existe plena consciencia entre los personajes de la inminencia de las transformaciones sociales y de cómo eso se relaciona con la lectura: “El ambiente era favorable a cambios en el sistema económico. Se leía mucho. Estaba creciendo la voraz clase media” (350). Desde la voz del narrador, los personajes se definen muchas veces por lo que leen no solo en términos intelectuales, psicológicos y morales, sino incluso en su aspecto físico, porque llevan un libro bajo el brazo o por la gestualidad que acompaña el acto de leer. Sin embargo, la lectura no es valorada como un medio formal de progreso individual, sino -desde un ideario anarquista- como una herramienta de acceso al saber, de expansión de la conciencia social, abierta a los individuos más diversos y en condiciones muy poco institucionalizadas. La lectura se realiza en bibliotecas y librerías pero principalmente en lugares de trabajo no industrial: peluquerías, panaderías, talleres de zapateros o en empresas de pompas fúnebres. En estos lugares la lectura individual pronto se vuelve oral, colectiva, ya sea porque un personaje lee para todos los que trabajan, como en las tabacaleras cubanas, porque relata o escenifica una novela que leyó o porque la discute con otros, o incluso porque canta algo que es recibido como un relato por los demás. La lectura individual excesiva es considerada burguesa y viciosa o enferma, en tanto aísla a quien lee de las necesidades concretas de los demás, se trata de un lujo que los pobres no pueden darse porque su deber es leer para enseñar a otros menos instruidos a organizarse y reclamar una reordenación social.

La cara indeseable de la lectura en *Cuando era muchacho* en este sentido tiene que ver con la posibilidad de apegarse demasiado a la letra sin hacerla carne entre los trabajadores, ya que desde el credo anarquista que profesa González Vera hay que saber lo necesario para actuar, lo demás se vuelve excéntrico, risible, como ocurre con el obrero que lee obsesivamente a Nietzsche: “Ángel Fernández, primo de Casimiro Barrios, era tardo de oídos. En un principio fue libertario, más [sic] le entro la curiosidad por la teosofía y el nietzschianismo. Leyó incontables veces ‘*Así habló Zaratustra*’. Parecían no importarle los hechos del mundo. . . Su charla era deshumanizada. Nada terrenal valía para él” (294). Es por esta razón, como enuncia otro personaje en el texto, que los pequeños intelectuales de origen proletario viven en una situación curiosa: “Vienen del pueblo, pero en este no encajan, sea porque se han instruido más que los otros prójimos, sea porque con la lectura perdieron lo genuino. Su preparación casi los equipara a los burgueses. Mas, a estos les parecen más extraños aún, ya por su formación popular, ya por su pobreza” (288). Si la filosofía o la literatura como un fin en sí mismas desarraigan de los compromisos más apremiantes con la sociedad, otra cara conflictiva de la lectura es la que propician las novelas por entrega, vistas como el veneno con que la élite aliena a las clases populares, principalmente a las mujeres, con sus historias de amor y sus personajes aristocráticos o extranjeros, inoculándoles lo que Jaime Massardo ha llamado un “sentido común de provecho oligárquico” (21).

Tomando en cuenta las tensiones que se visibilizan en textos como el de González Vera, en este trabajo propongo establecer un diálogo entre una hipótesis histórico-cultural, la del imaginario del libro vinculado a la movilidad social, que estaría vigente a mediados del siglo XX, y algunas escenas de lectura en *La vida simplemente* de Óscar Castro. La representación de los lectores en textos íntimos como el de González Vera o el de Óscar Castro tiene un sentido distinto al que puede asumir en un texto criollista, en tanto la pregunta por el papel de la lectura en la construcción de la subjetividad adquiere más vitalidad en narraciones cuyos protagonistas recuerdan un pasado personal en primera persona y desde un presente en el que ya son o se proyectan como escritores. Poner de relieve el acto de leer, lo que según Sylvia Molloy (1996) es un gesto frecuente en textos más abiertamente autobiográficos hispanoamericanos de distintas épocas, en la coyuntura que pretendo iluminar adquiriría así significaciones precisas.

LOS LIBROS Y LA VIDA

El carácter autobiográfico del texto de Óscar Castro fue advertido tempranamente por la crítica, quien acogía con muy buenos ojos este giro hacia aquello que se cuenta desde el desgarramiento de la experiencia personal y no desde la frialdad de la observación distante. Así lo vemos en el comentario que hace Alone de la novela en *El Mercurio*:

Acaso ni leeríamos esta obra como pura invención, pese a la briosa calidad del estilo, robusto y bien templado, prosa de maestro. Más [sic], cuando empezamos a sospechar que aquí se oculta o se exhibe una parte, al menos, de la vida verdadera de Óscar Castro, que estas páginas revelan una realidad terrible, entonces la narración se vuelve apasionante y adquiere hondura, repercute en el trasfondo mismo de la emoción, añade a la estética nuevas y nuevas dimensiones (en Drago 78)

En 1938 Castro publica su primer libro de poemas *Camino en el alba* por Nascimento, única editorial que según Gonzalo Drago², amigo y cofundador del grupo literario rancagüino “Los inútiles”, publicaba por entonces autores chilenos inéditos. A partir de las cartas que el mismo Drago divulga posteriormente podemos pensar que dicha publicación fue un acontecimiento muy importante en la vida de Castro, ya que mientras las revistas culturales subsisten poco tiempo, la industria del libro pasa por un momento de esplendor: las ediciones de Nascimento³, una editorial mediana cuando se compara con

² Castro y Drago se conocieron en la Biblioteca Eduardo de Geyter de Rancagua en 1930 (Lucía Martínez 298).

³ Es elocuente como testimonio de la valoración del libro en la época y de esta editorial en particular los escritos del escritor antofagastino Andrés Sabella (1944; 1978) en que consigna su admiración por Carlos George Nascimento como parte de todos aquellos que daban nobleza

otras más grandes como *Ercilla* o *Zig-Zag*, se suceden a un ritmo incesante, y la cantidad de volúmenes publicados habla de un público lector que sorprende: cinco mil títulos entre 1917 y 1944 consigna Guillermo Feliú Cruz, muchos de ellos reeditados varias veces.

Castro también parece sentir la emoción de convertirse en “autor” de un libro como objeto material, la que se trasluce en la carta de 1937 en que da la noticia a Drago:

“Una buena noticia: Mi libro *Camino en el alba* sale a circulación a fines de marzo o principios de abril editado a todo lujo por Nascimento. Es una cosa ya definida que no puede fallar. En enero firmaré contrato con la editorial, y ya dado a conocer oficialmente, es muy probable que el mismo Nascimento se encargue de editar toda mi producción, cuentos, versos, etc., futura” (101).

Los libros en toda su corporalidad llenaron la vida de Castro, quien además de escritor, profesor y cronista, fue librero y bibliotecario, primero en la Biblioteca Eduardo De-Geyter en Rancagua, y más tarde en el Liceo de Hombres de esa misma ciudad. *La vida simplemente*, su novela póstuma de 1951 publicada también por Nascimento en su taller de la calle San Antonio, en gran medida habla de esta relación entre el autor y los libros, ya que se trata de un texto que relata la suerte de un niño que crece entre el burdel y el conventillo⁴ de una ciudad de provincia, y cuya vida va a cambiar drásticamente gracias al contacto con los libros y la posibilidad de la lectura. *La vida simplemente* escrita y corregida a fines de la década de 1940, mientras el autor se encuentra enfermo y muy cerca de su muerte, se sitúa en su infancia, pero en ella se proyectan los valores adquiridos a lo largo de una vida en la que el debate público mostró muy claramente la necesidad de reformas a la educación y en la que se promulgó la primera ley de instrucción primaria obligatoria⁵;

a la materialidad del libro. El oficio de “hacer libros” es visto por esta generación como algo cercano a la magia, y la preponderancia de la figura del editor en este contexto es muy visible. Sabella admira del editor, tal como señalaba Pierre Bourdieu (2002), su “olfato” como descubridor de jóvenes talentos, y su instinto al elegir un papel o un tipo de letra. Según Sabella, las ediciones de Nascimento fueron decididamente “las consagratorias” para los escritores chilenos.

⁴ Como señala Alejandra Brito Peña “... si bien el rancho siguió existiendo, paralelo a él surgió, en las últimas décadas del siglo XIX, el conventillo, conjunto de ‘cuartos redondos’ a lo largo de un estrecho pasillo que se utilizaba de patio común. El conventillo fue concebido como la solución urbanística para el problema de los pobres desalojados de los ranchos, que al mismo tiempo mantenía la especulación con el suelo urbano”. Estas habitaciones populares según Brito “se transformaron en un excelente negocio para las élites que instalaron a las mujeres y sus familias en la ciudad misma, pero bajo pórticos cerrados, que no siempre mostraban de manera abierta lo que pasaba en su interior” (121).

⁵ La ley se promulga en 1920 y en ella se establece que todos los niños entre 8 y 13 años deben poder asistir obligatoria y gratuitamente a la escuela. Para un breve recuento del desarrollo de la educación entre 1910 y 1931 ver Stefan Rinke 2002, 104-108.

una vida que vio también la llegada del Frente Popular con el apoyo de una creciente clase media y la renovada preocupación que esto supuso por la educación de niños y trabajadores; una vida en la que el analfabetismo pasó del 50% de la población en 1920 al 25% en el año 1952⁶.

Por otra parte, el sello característico de Editorial Nascimento⁷ dentro del campo cultural chileno en las dos décadas que preceden a la aparición de esta novela es la publicación de autores que son portadores del imaginario mesocrático, ya que su visión de mundo, datos biográficos y los valores sociales que promueven permitirían considerarlos como escritores vinculados a las capas medias⁸. La novela de Castro va a dar cuenta de la significación del libro como vehículo de movilidad social, pero también explorará los límites que dicha movilidad tiene en un espacio dividido según roles de género muy marcados y dinámicas de segregación social que se perpetúan hasta hoy; también permite visibilizar cómo se configuran las formaciones lectoras del período (qué se lee, quién lee y cómo se estimulan o se limitan socialmente determinadas prácticas de lectura), y los espacios de sociabilidad en que la lectura, particularmente la lectura literaria que será parte del proceso de formación del futuro escritor, se legitima o aquellos en que se castiga.

⁶ Lorena Amaro et al han estudiado esta novela como parte de lo que llaman la “lenta fisura” que se produjo en los discursos autobiográficos chilenos con el correr del siglo XX, como consecuencia de “la incorporación de nuevos actores al campo literario nacional, provenientes de sectores medios o discriminados en razón de su género sexual, quienes tendrían menos reparos [que los memorialistas provenientes de las élites] en retratar ese momento de sus vidas de modo más íntimo y comprensivo, muchas veces buscando reivindicar historias de superación y mérito personales” (123). Siguiendo las ideas de Sylvia Molloy, estos autores señalan que la evocación del pasado en escritores como Castro estaría condicionada por su autofiguración como sujeto en el presente, por la construcción de una imagen de sí (134). En la evocación del pasado de Roberto claramente se produciría la afirmación de una suerte de credo ideológico en el presente que tiene que ver con la incorporación de los valores mesocráticos, principalmente la importancia de la educación y los libros, descubierta a lo largo de toda su vida y no solo durante la infancia.

⁷ En 1978, la Agrupación de Amigos del Libro hace un homenaje a Nascimento en la Catedral de Santiago en el que intervienen varios oradores en nombre de diversas instituciones vinculadas al libro y de más de 250 escritores nacionales, para conmemorar los 102 años de la librería y los 60 años de la editorial. Este homenaje habla del lugar que ocupa Nascimento en la configuración del campo cultural chileno durante el siglo XX. Entre los méritos que más se repiten en los discursos allí pronunciados está el de haber dado un “primer impulso a la literatura chilena, porque antes de su fundación los autores nacionales permanecían prácticamente inéditos” (9).

⁸ Subercaseaux 2008, 227.

LECTORES Y EROTISMO

Roberto, el joven protagonista de la novela y alter ego de Castro, deja de ser analfabeto gracias a una niña del conventillo, Berta, quien le lee los cuentos de Calleja que él compra en el almacén de la media cuadra (el del “viejo Lucho”), con las propinas de los mandados que hace en el burdel en el que pasa la mayor parte del día,

Entonces ella me leía con su suave y delgada voz. Allí, en el patio hediondo del conventillo, de bruces en el suelo, trabé conocimiento con el Patito Feo, con el Gato con Botas, con Pulgarcito, con Simbad el Marino. En casi todos los cuentos había una princesa que, tras mil desventuras, casaba con un príncipe vestida con un largo traje de cola, entre repiques de campanas y aclamaciones del pueblo. Berta era la princesa; yo era su príncipe libertador. Y el conventillo se trocaba en palacio... (37-38).

Los cuentos de Calleja son los que le permiten a Roberto tener libros, y la posesión de los libros es valorada. En 1876 se había fundado Editorial Calleja en España, la que llegaría a ser “la editorial más importante en lengua española, a uno y otro lado del Atlántico” (*ABC Madrid*, 16). La revolución lectora producida por esta editorial tiene que ver con haberse concentrado en un público infantil, incluir en sus libros ilustraciones de gran calidad y hacer grandes tiradas que abarataran los costos y lograran que muchos cuentos como los citados por Roberto en la novela (de los hermanos Grimm, Hans Christian Andersen o de *Las mil y una noches*) quedaran por primera vez al alcance de públicos masivos. Según el artículo citado, un cronista de la época resumía el fenómeno de Calleja en estos términos, “los niños pobres de España no habían leído cuentos hasta que los publicó este editor” (16). La presencia de los cuentos de Calleja en la novela de Castro llama la atención sobre una revolución similar en Chile: niños que en las décadas inaugurales del siglo XX están accediendo a comprar un libro y a leerlo por primera vez gracias a los cuentos de esta editorial, distribuidos en almacenes de barrio a muy bajo costo. En la novela, el niño defiende sus libros peleando con otros niños y en el paroxismo de su amor por Berta se los da como “ofrenda”. Me interesa subrayar este caso particular de relación con los cuentos de Calleja porque a pesar de representar un bien muypreciado por Roberto, no son –al contrario de los libros de confección más cara que circulan en librerías– un objeto que circunscriba su posesión a una élite. En este sentido funcionan como las novelas periódicas que estudia Beatriz Sarlo (2000), como *La novela semanal* o *La novela del día*, las que se vendían en kioscos o en las estaciones de trenes de Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo XX (entre 1917 y 1925 tuvieron su apogeo). Este tipo de lecturas dan cuenta de circuitos que se despliegan fuera del ámbito de las librerías o las bibliotecas, llegando a un

público lector emergente y que en el caso de Óscar Castro participa del ámbito de lo que el autor entiende por “libro”⁹.

Mientras es Berta la dueña de la palabra escrita, Roberto la ve desde una total idealización y el tiempo que pasan juntos redime toda la brutalidad de los espacios que lo rodean. En dichos encuentros comparten los sueños que encuentran en esos cuentos infantiles, los que desde la visión retrospectiva del narrador adulto le dieron el idealismo necesario para inventarse un futuro diferente al de los niños de su entorno, los que según anticipa el relato terminaron como mineros, presos o muertos tempranamente. Sin embargo, al hacerse poseedor de la lectura, Roberto experimenta una repentina transformación en relación a Berta. De hecho la primera vez que da muestras de haber aprendido a leer, no lo hace durante sus sesiones con ella, sino en la calle, en una escena entre hombres en la que muestra su superioridad ante los amigos del barrio —todos analfabetos— escribiendo en un muro con tiza y pidiéndole a una señora que pasa que lea en voz alta lo que escribió. Al igual que los asombrados amigos de Roberto, el lector no puede asegurar qué fue eso que la señora se niega a reproducir, pero el protagonista queda validado en su nueva destreza por la insultada reacción de la mujer, quien da a entender que se trata de una mala palabra (39-41).

Es interesante constatar a partir de esta escena que la manera en que Roberto intenta legitimar la escritura en un primer momento es usándola para agredir, algo que no altera los códigos de masculinidad de los niños del conventillo ni tampoco su relación con ellos radicalmente. La ansiedad porque la lectura sea interpretada dentro de estos límites es lo que impulsa luego a Roberto a insultar a Berta en público, quien le reclama por escrito que ya no la visite. El amor romántico que se inscribe en las historias que han leído juntos y que llevan a Berta a mirarlo idealizadamente resulta amenazante para la masculinidad de Roberto y por eso la evita, pero cuando se ve forzado a leer una carta que ella le envía frente a sus amigos lo hace con total indiferencia para rematar diciendo: “es hedionda” (73), mientras bota el papel en una acequia. De esta forma, aunque la primera lectora en la novela es una mujer, la violenta supresión de la relación que mantiene con el protagonista una vez que este consigue leer por sí mismo,

⁹ En Chile, el trabajo de Juan Poblete (2002) se ha centrado en identificar actores y espacios de circulación cultural que van cambiando durante el siglo XIX y en ver cómo los nuevos lectores de ese período desarrollan prácticas y formaciones de lectura propias, revelando que leer es mucho más que la lectura de libros y se extiende a una “gran variedad de todo tipo de impresos y objetos textuales que incluían las hojas sueltas, las novelas, los folletines, los periódicos, las revistas, los almanaques” (13). Lo que estoy tratando de mostrar al analizar lo que ocurre con el caso de los cuentos de Calleja es que esto que señala Poblete se puede ver desde un ángulo diferente en el caso del período en que se centra la novela de Castro, ya que el ámbito del concepto “libro” en esta época va a incluir impresos que circulan y son consumidos por sujetos populares.

impide que sepamos si la lectura le servirá para algo; más bien parece lo contrario: la niña que lee cuentos en el conventillo termina viviendo un abandono cruel, lo que parece sugerir una analogía sexual entre el robo de la letra y el robo de la inocencia. Este vínculo entre lectura y erotismo se refuerza continuamente en la novela en tanto se trata de lectores que no han nacido en el lugar indicado para leer y por lo tanto los libros son siempre un placer hurtado a otros deberes más apremiantes y productivos, especialmente para las mujeres. En los personajes masculinos, como el protagonista más adelante, la lectura permite seducir a las niñas de otra clase, por lo tanto marca una doble transgresión. Por otra parte, el corte brutal con Berta es necesario según los códigos de la novela, ya que deja claro que lo que el niño en adelante buscará es un camino que rechaza la lectura colectiva, la lectura popular, y aspira a una lectura burguesa y moderna que ve en la falta de intimidad una manifestación de la miseria¹⁰.

El equilibrio entre masculinidad y lectura sin embargo no dura mucho tiempo pues pocas páginas más tarde Roberto ha cambiado sus gustos literarios: ya no lee cuentos para niños, sino libros de aventuras para jóvenes. El narrador adulto recuerda una vez que sus amigos lo encuentran mientras leía abstraído una novela de Salgari (presumiblemente una vez más en una edición de Calleja), con los pies en el agua de la Acequia Grande, y cuando al negarse a vagar con ellos, el libro de Salgari termina hundido a peñascos en el agua (174-179). Si el espacio doméstico no tolera la lectura masculina por improductiva –Roberto confiesa que leía escondido de su madre y de su hermana “como si se tratara de una falta” (91)–, el barrio, la calle o la orilla del canal tampoco toleran esas exhibiciones de ilustración en un niño no ya por su improductividad, sino por extrañas a las prácticas de masculinidad conocida. Como ha constatado Michéle Petit desde la antropología, este tipo de marcas genéricas en las prácticas lectoras sigue siendo común en medios populares, en los que se advierten prejuicios recurrentes entre los jóvenes: leer quita la fuerza en la medida en que abrir un libro significa mostrar que uno no sabe, reconocer que a uno le falta algo que está allí; a un nivel más inconsciente, los jóvenes evidencian la creencia angustiada de que leer hace al hombre pasivo, voluble, “femenino”; leer despierta un mundo interior que ellos no saben cómo manejar (55).

¹⁰ En el espacio de los conventillos la sociabilidad se tensiona, de la mano de un reencuentro de hombres y mujeres populares que comienzan a constituir relaciones de pareja en un ambiente caracterizado por el hacinamiento, la insalubridad y la escasez de trabajo en las ciudades... (Brito Peña 121).

ARRABAL, LECTURA Y ENFERMEDAD

A principios del siglo XX, la clase obrera y las nuevas clases medias se vieron forzadas a convivir en conventillos o en viviendas populares, viendo menguada su posibilidad de privacidad ante la mirada indiscreta del vecindario. En este contexto, Carlos Figari señala que la moral sexual, la honra y el machismo constituían discursos y prácticas no sólo en relación con la mujer, sino también al riesgo de prácticas homoeróticas. La imposibilidad de seguir afirmando una masculinidad machista en el mundo del conventillo y en el de la calle llevan a Roberto a replegarse mediante la enfermedad. Al comprobar que sus nuevas aspiraciones lo están desarraigando de su medio, que el arrabal lo ha expulsado para arrojarlo dentro de sí mismo (191), el personaje se recluye en su cama durante un tiempo largo en el que puede seguir leyendo gracias a los libros que su hermana mayor guarda en un baúl y un cajón azucarero, historia sagrada principalmente. El hecho de que se trate de lecturas religiosas hace que el espacio de la enfermedad y de la lectura en cama no funcionen como posibilidad de transgresión a la moral familiar, de hecho no existe un padre proveedor frente al cual el ocio de Roberto se traduzca en antagonismo, sino que actúan como instancias de decisión respecto del papel que el personaje va a asumir dentro del ámbito más amplio de la nación. Siguiendo a Sylvia Molloy (2012), se puede decir que esta autofiguración basada en la enfermedad se torna un instrumento de indagación crítica dentro del texto, sirviendo para cuestionar subjetividades masculinas estereotipadas como las del conventillo. En adelante, las instancias de socialización que Roberto preferirá serán ajenas al hogar e incorporarán la búsqueda intelectual dentro de la definición de masculinidad.

Si bien la práctica lectora femenina implícita en el hallazgo de Roberto de las revistas de la hermana mientras está enfermo nunca es mostrada abiertamente, el narrador es bastante más generoso de lo que fue con Berta respecto del futuro que diseña para su hermana. Sin duda las de Estela son lecturas adecuadas para una señorita: las revistas que ella guarda de hecho no interesan mayormente al niño por lo que seguramente están dirigidas a mujeres, y no fomentan una transgresión abierta a los roles de género; él niño elige leer los textos sagrados que encuentra, lo que hace replicando prácticas de lectura intensiva, dada la ausencia de alternativas disponibles que permitan una lectura extensiva (Chartier 2000), como la que descubre más tarde cuando accede a la biblioteca pública. La hermana de Roberto no es solo una lectora, sino que también trabaja para ayudar a su familia, aunque su independencia y autonomía se restringen abruptamente cuando el narrador-personaje adelanta que años más tarde ella se va a casar con un hombre que le dará una muy buena situación económica. Esta prolepsis o el gesto de anticipar el futuro por medio de la narración, no aparece respecto de ningún otro personaje protagónico, a pesar de que la novela es el relato de un hombre adulto acerca de su niñez ya para entonces remota, y por ello más que brindar la posibilidad

de un futuro para su hermana, el gesto parece limitarlo, al seguir su devenir hacia el porvenir deseable para una señorita en esa época. También es llamativo en este sentido que el narrador haga explícito que Estela no usa el dinero para sí, sino que gasta todo lo que ha ganado como costurera para pagar la fianza del hermano mayor y así devolver la tranquilidad a su madre. Es decir, la novela le permite ser productiva solo en tanto su dinero se use para mantener la armonía familiar. Por otra parte, como señala Ana María Ledezma, las mujeres vinculadas a labores textiles han estado en la actividad productiva del país desde la colonia realizando trabajos fundamentales pero mal o nada remunerados, lo que hace que la costura se vea como parte de la naturaleza femenina, no como un trabajo que implica técnica. Estela representa a un sector que en 1920 equivale a un quinto de la población femenina activa¹¹. Como lectora, ella constituiría la antítesis de Berta en la novela, quien se presenta como una lectora romántica¹², identificada con las historias que lee y que se evade de su realidad de lavandera en un conventillo¹³ pensando en el amor, mientras las lecturas de Estela no interfieren con sus deberes familiares y le permiten mantener la “sensatez” y la frialdad para tomar y concretar decisiones que involucran el bienestar de su familia.

¹¹ Si se compara esta cifra con la de 1907, en la que la mitad de las mujeres forman parte del rubro textil, se puede ver que las labores femeninas remuneradas se van diversificando rápidamente.

¹² Nora Catelli al hablar de la mujer lectora del siglo XIX a partir el ejemplo de Emma Bovary, señala que es errado pensar que todas las mujeres en esa época leían solo novelas románticas, la enfermedad moral del siglo XIX en relación con la lectura de mujeres, su supuesto bovarismo, tendría que ver más bien con leer toda la literatura, incluso aquellos textos que no eran literatura (periódicos, cartas, manuales religiosos e incluso la notificación de embargo de sus bienes) como si fueran una vasta novela romántica. Así, la lectura que se condena no es la de un corpus específico de novelas, sino la animada por una posición de sujeto que a veces es adoptada también por hombres, como ocurre en circunstancias precisas con Charles Bovary (Catelli 2001, 108-109).

¹³ Según Brito Peña (2001), ya en el siglo XIX “el lavado de ropas ajenas constituyó una labor de mucha importancia, debido a su alta demanda en las ciudades. La razón fundamental para comprender este servicio doméstico realizado puertas afuera era la alta contaminación de las aguas, lo que hacía necesario sacarla de los límites de las casas patronales. Así las mujeres populares encontraron allí un nicho laboral importante. En las ciudades con buena dotación de agua dulce las mujeres lavaban la ropa en las orillas de los ríos, lagos y lagunas o directamente en sus casas. La relación construida era directamente servil, ya que las lavanderas eran consideradas empleadas domésticas puertas afuera” (123). Las aguas sucias recorren la novela como sinónimo de frustración y estancamiento y por eso la capacidad de Roberto de sobrevivir el hundimiento de su libro en el canal marca el punto central de la novela. Un poco antes, cuando se burla de Berta junto con sus amigos del conventillo frustra todas las aspiraciones de la niña al arrugar su carta y tirarla al agua de la acequia.

OTRAS MASCULINIDADES, OTROS CIRCUITOS DE LECTURA

La reclusión hogareña provocada por la enfermedad de Roberto después de la pérdida del libro en el canal sirve también para que el narrador exponga el eventual origen de su impulso por la lectura, que en el ambiente del conventillo parece inexplicable. Así, nos dice que a pesar de que su padre no vivía con ellos, fue el modelo más cercano de la pasión por los libros:

Mi padre era tipógrafo. Entre las cartas, papeles y retratos que mi madre guardaba, encontré cierta vez un pequeño folleto que aún conservo. Es una cosita minúscula, impresa en mal papel de diario –solo 18 páginas–, que lleva por título “Peregrinaciones”. Arriba está el nombre de mi progenitor. Debajo dice “Poema en prosa”. Y en la línea siguiente: “Ejemplar único”. Son unas llorosas divagaciones que antes me hacían soñar, pero que ahora provocan en mí una sonrisa de ternura indulgente, como los primeros monos que hizo mi hijo. Supongo que mi padre compondría su obra después de las horas de trabajo, con un orgullo que le impedía comunicar a los demás su calidad de autor. Quien sabe cuántos sueños, cuántas esperanzas e ilusiones pondría allí este ser que me es tan cercano y distante al mismo tiempo. Ahora, que estoy escribiendo, me acuerdo de lo que me dijo mi madre cuando me publicaron el primer cuento en un periódico de provincia “¿También serás un cabeza loca, como tu padre?” (220-221).

A pesar del tono melancólico y sentimental de este comentario, habría que subrayar la sonrisa indulgente que acompaña el recuerdo. Aunque a simple vista el hecho de que su padre haya dedicado el poco tiempo libre que tenía a escribir pareciera unirlos más allá del tiempo y habla de un tipo de lectura proletaria que es un antecedente ineludible en la masificación de la lectura¹⁴, la perspectiva temporal del narrador nos obliga a advertir que quien recuerda desde el presente de la enunciación es un escritor profesional, alguien que ya acumula más que aquel “primer” cuento publicado en un periódico de provincia; alguien que ha alcanzado el status de autor de un libro impreso por otros –no de un folleto–, con lectores de verdad. El fracaso del padre, lo que hace que al escribir solo llegue a ser un “cabeza loca” mientras el hijo logra escapar de su destino del conventillo gracias a la lectura tiene que ver con el valor atribuido al libro como soporte y también a la posibilidad de ir más allá de la poesía, como género asociado a la inmadurez y a lo femenino. Por otra parte, el padre es el único “escritor” chileno que el narrador nos dice haber leído cuando niño, lo que evidencia que al hablar de escritores como Castro, Drago, Andrés Sabella y otros

¹⁴ Ver Martin Lyons “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños y obreros” en Cavallo y Chartier 2011.

estamos efectivamente ante autores cuya formación lectora inicial, en la infancia, está formada solo por autores extranjeros o que creen aparentar que es así porque resulta más prestigioso en el campo literario al que pertenecen.

Si el libro como objeto y símbolo de educación es un vehículo de movilidad social, la biblioteca como depósito de esos objetos adquiere un prestigio imbatible como espacio dentro de la novela; constituye un umbral que una vez traspasado transforma definitivamente a Roberto. Una vez que ha leído todo lo que la hermana guarda en la casa muchas veces, le viene a la memoria una planchita de losa junto a una gran puerta en una calle del centro que anuncia el horario de atención de la biblioteca. Demora dos o tres días solo en atreverse a entrar y cuando por fin lo hace estuvo a punto de arrancar, sino fuera porque el bibliotecario lo retiene. La escena es elocuente:

Pero estuve a punto de abandonarlo todo y de echar a correr cuando los ojos de los lectores que allí había se clavaron en mí, en mis piernas sucias, en mis pies desnudos que se afirmaban sobre el piso encerado. Eran centenares de anteojos, de narices, de frentes que blanqueaban bajo la luz central. Y allá muy lejos, muy lejos —y había que atravesar todo ese espacio sin apoyarse en nada!— veíase un hombre de unos cuarenta años, amplia frente y largas manos, que leía de sesgo en una mesa pulida, con el codo en la cubierta y la palma de la mano detrás de la oreja, en una profunda abstracción. Era sin duda el dueño de todo aquello (240).

Su asombro crece cuando Roberto se entera de que ese hombre además de bibliotecario es escritor y que lo ayudará no solo a sacar libros de la biblioteca, sino también a ir a la escuela. Es quizás su doble condición de escritor y funcionario público de una biblioteca la que explica que estimule a Roberto a seguir con sus lecturas de novelas de aventuras, sin sugerir reemplazarlas por “lecturas útiles”¹⁵, lo que lo aleja de ver en el niño solo un lector proletario, como el mismo Roberto había juzgado a

¹⁵ Las tipologías de lectura en general se han estudiado en torno a dicotomías, entre las más conocidas están por ejemplo la oposición entre lecturas intensivas y extensivas (Chartier 2000) lecturas ociosas y productivas (Flint 1993), lecturas impuestas y furtivas (Lyons en Cavallo y Chartier 2011), lecturas diurnas o nocturnas (De Certeau 2000; Petit 2001), etc. Para una tipología que permite ir más allá de estas divisiones es interesante ver el trabajo de Alejandro Parada (2012). Al analizar las imágenes de mujeres lectoras (ilustraciones) que aparecen en la revista *Fray Mocho*, Alejandro Parada habla de “lectura ociosa”, pero también de “lectura sensual”, “lectura asistencial”, “lectura marginal”, “lectura pública de compromiso”, “lectura fotográfica de pose social”, “lectura artística”, “lectura de retiro espiritual”, “lectura del mediador lector”, “lectura célibe” y “lectura mortuoria”.

su padre al hablar de sus ambiciones literarias¹⁶. El escritor bibliotecario no clasifica al niño como alguien que necesita suplir carencias materiales, sino que, al alentarle a leer, en un principio claramente lo está alentando a construir una subjetividad que lo lleve a pertenecer de otra forma a la sociedad, desde otro lugar, aunque simultáneamente al ser funcionario de la Biblioteca como institución pública, tarde o temprano intentará disciplinar a su protegido: el bibliotecario que estimula la lectura “ociosa” en una primera instancia, pronto habla de escuela y de uniformes.

Así, los pies desnudos del niño muy luego calzarán zapatos para que dentro de la novela se siga consolidando la épica de la derrota de la miseria a través de los libros que es en definitiva la visión que esta defiende. Pero el niño no es el primero en lograr algo parecido en su familia; el tío que lo ayuda por consejo del bibliotecario ha hecho algo más increíble aún: saltó de la miseria a la fortuna, pero por la vía del comercio. La novela de esta forma parece imponer un límite a los sueños de prosperidad de Roberto, lo que se refuerza luego al restringir sus ambiciones románticas y de transgresión social. Si el comercio es una vía rápida para dejar la miseria y acceder a espacios sociales más altos, la lectura representa una posibilidad de ascenso social que termina en la clase media y que exige una trayectoria marcada por el esfuerzo intelectual y la fricción social por querer ocupar un espacio que se le niega desde abajo, el mundo del conventillo, y desde arriba, las reglas del colegio y del tío que lo ayuda, y el desprecio de la niña rica que él cree haber conquistado,

Mariángela me había hecho nacer una confianza desmesurada en mí mismo. Pero no para las cosas pequeñas, sino para las vastas empresas en que era necesario prescindir de detalles. Sí, yo sería rico y poderoso. ¿Cómo? Como lo cuentan los libros. Descubriendo tesoros, internándome en tierras inexploradas, por cualquier medio que estuviera más allá de la vulgaridad (369).

¹⁶ Al referirse a los lectores proletarios en Alemania al comenzar el siglo XIX y su relación con los bibliotecarios de las bibliotecas públicas, Martin Lyons hace un comentario que es iluminador para analizar el tipo de expectativas que están en juego en la relación del niño y el bibliotecario en la novela de Castro. La lectura podría aportar lo suyo a la estabilidad social, “Los patronos y los reformadores de las bibliotecas confiaban en que suministrando una lectura adecuada y fomentando el hábito de la lectura, podrían allanar las tensiones sociales. Se esperaba que los lectores de la clase obrera se apartarían así de la bebida y de la literatura peligrosa y de tinte socialista, supersticiosa y obscena. Un cierto tipo de literatura útil para la promoción del ‘recreo nacional’ lograría acercar a los miembros más inteligentes de la clase trabajadora a los valores burgueses consensuados” (413). Si bien el contexto es muy distinto, al tratar de educarlo, el bibliotecario de Castro sí podría estar amparándose en una lógica de este tipo.

Efectivamente se trata de una confianza desmesurada que pronto se acaba. No hay un final feliz claro para Roberto, ni los tesoros ni riquezas a las que el tío pudo acceder a través de una fábrica de fideos, primero, y de múltiples otros negocios después; solo le queda la posibilidad de ir avanzando poco a poco gracias a las herramientas adquiridas a través de los libros, los valores que encuentra en ellos y que lenta pero eficazmente lo educan en el esfuerzo y la perseverancia. Sin embargo, y aunque la novela no lo muestra abiertamente, el pasaje final coincide de manera muy visible con aspectos de la vida de Castro y permite suponer que tras el abandono de la familia de la ciudad para ir a trabajar en un molino del tío que cierra la historia, Roberto no volverá a la escuela y seguirá formándose como autodidacta tal como lo hizo Castro.

A lo largo de estas páginas se ha intentado mostrar que en *La vida simplemente*, de Óscar Castro, a través del relato autobiográfico de la infancia del autor, se puede acceder a la consolidación de un imaginario en que el libro, la lectura y los agentes vinculados a estos ámbitos adquieren una importancia creciente como vehículos de movilidad social, pero también que el texto permite entender las fricciones que este imaginario presenta bajo condicionamientos de género o en virtud de las contradicciones visibles en el destino de algunos personajes. La lectura desde el punto de vista de la vivencia del protagonista niño aparece como una práctica que le permite construir una subjetividad para salir del conventillo e insertarse desde otro lugar en la sociedad, y en ese proceso se van a alterar las nociones de masculinidad que su medio hasta entonces le ha inculcado. Si esto es posible, es porque la lectura no se concibe aquí como una práctica pasiva, “femenina” (Petit), sino más bien en términos de Michel de Certeau, se ve a los lectores como “viajeros” que no sólo reciben mensajes, sino que modifican los textos aunque sea de maneras subrepticias o reprimidas (186). Si bien la lectura puede volverse transgresora, en esta novela no puede evadir los límites del esfuerzo intelectual para alcanzar la prosperidad y legitimación social a las que se llega por la vía de la industria y el comercio en la época. Estas expectativas resultan desmesuradas y se verán frustradas una y otra vez. Si la lectura en la infancia permite salir de la miseria, en la lectura juvenil la aventura y el sueño se transforman en esfuerzo y en una perseverancia que debe sobreponerse a múltiples frustraciones.

La lectura pasa umbrales como el de la biblioteca, que le entrega al niño una libertad insospechada hasta entonces, pero que también lo conduce a un segundo umbral, el de las lecturas escolarizadas, y más tarde a una relación con la letra impresa que se vuelve operativa (su trabajo con el tío irónicamente consiste en poner el timbre de la marca del molino en cada saco de harina). En este sentido vemos como en la historia de este personaje confluyen una visión de la lectura como una actividad liberadora y problematizadora de los modelos de masculinidad disponibles —en la infancia— y otra más disciplinante al llegar a la juventud, en la medida en que al crecer su horizonte

se va estrechando. Por otra parte, es importante destacar la presencia de la Biblioteca Pública como un portal de acceso a la clase media: el niño entra con los pies desnudos y tras su contacto con un bibliotecario sale con uniforme y con la posibilidad de educarse que eso supone. Al mismo tiempo este proceso de educación puede ser visto también como un disciplinamiento de los sujetos populares en una sociedad muy estratificada en la que estos pueden aspirar solo a un lugar de dignidad mediante el trabajo y el esfuerzo propios y permanentes, subordinado a otros, y no a una transgresión ni a un cuestionamiento mayor de la ideología y las estructuras en que se cimenta dicha sociedad. Sin embargo, en esta materia la novela tampoco emite un juicio absoluto, ya que el protagonista interrumpe sus estudios y, como Castro, se sugiere que continuará su formación de manera autodidacta, lo que marca un límite crítico a este disciplinamiento que puede leerse en sintonía con la simpatía de Castro por el anarquismo¹⁷. Respecto de los circuitos de lectura, vemos que el conventillo, a pesar de ser un espacio que prácticamente repele al niño una vez que deja de ser analfabeto, es también un lugar que comienzan a ver la lectura como una actividad más accesible: las ediciones de Calleja hablan de la posibilidad de acceder a los libros de sujetos populares y no solo de las élites letradas. En cuanto a los espacios de sociabilidad de la lectura, la lectura colectiva que en un principio el niño acoge, luego se rechaza como sinónimo de miseria en favor de una lectura más burguesa. Esta tensión se resolvería en el espacio de la Biblioteca, primero percibido como un lugar ajeno y luego apropiado por Roberto, en el que logra socializar sus intereses con un escritor bibliotecario, un segundo modelo proyectado desde la ficción de lo que llegó a ser Castro.

En el caso de los personajes femeninos, las limitaciones de este imaginario de la lectura vinculada a la movilidad social se ven de manera mucho más radical: por un lado, la lectura más que un camino a una nueva pertenencia social resulta un vehículo de conocimiento de realidades que no se alcanzarán, es decir, una vía de frustración permanente. Tampoco resulta ser un medio de emancipación de la subjetividad en la medida en que la independencia económica que podría lograrse a través de los estudios y el trabajo remunerado va de la mano de lecturas sagradas que sitúan a la mujer en un lugar de autosacrificio respecto de su familia. Para las mujeres, la lectura socializada de cuentos en el conventillo las deja expuestas en una sensibilidad que no encuentra acogida y que las hace vulnerables a burlas y abandono. En otros casos, a pesar de

¹⁷ Al respecto, el epistolario publicado por Gonzalo Drago señala lo siguiente: “Era anarquista sin militancia activa. Había leído a los clásicos del anarquismo: Malatesta, Prokotkin, Mella, Reclus, Nicolai, entre otros, libros que adquiriría en una pequeña librería ubicada en la calle Carrera Pinto, cuyo propietario, Hernán Barrientos, era un viejo y entusiasta anarquista rancagüino, relegado a la Isla Más Afuera durante la dictadura del general Carlos Ibáñez y torturado por la policía hasta dejarlo lisiado por el resto de su vida” (26).

tratarse de lecturas adecuadas para una mujer, se guardan en un cajón azucarero, lo que muestra que se considera una práctica en fricción con los deberes domésticos. *La vida simplemente*, expone así, junto con las posibilidades crecientes de cambio social que la lectura va a ofrecer en la primera mitad del siglo XX, los conflictos y barreras que supone para los personajes como eventual vía de escape del conventillo, de la miseria y de los roles de género predominantes.

BIBLIOGRAFÍA

- Agrupación de amigos del libro. *Don Carlos M. George Nascimento y su obra*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1978.
- Amaro, Lorena et al. “Los saberes ocultos: la infancia en los textos autobiográficos chilenos”. *Acta Sociológica* 53 (2010): 123-146.
- Brito Peña, Alejandra. “Mujeres del mundo popular urbano. La búsqueda de un espacio”. Comp. Sonia Montecino Aguirre. *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*. Santiago: Catalonia, 2008. 119- 128.
- Castro, Óscar. *La vida simplemente*. Santiago: Nascimento, 1951.
- . *Epistolario íntimo de Óscar Castro*. Santiago: Lom, 2000.
- Catelli, Nora. *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Chartier, Roger. “Revolución de la novela y revolución de la lectura”. *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*. Madrid: Cátedra, 2000.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano*. Vol I. *Artes de hacer*. México: Instituto Tecnológico de Estudios superiores de Occidente/ Universidad Iberoamericana, 2000.
- Drago, Gonzalo. *Epistolario de Óscar Castro. Hombre y poeta*. Santiago: Editorial Orbe, 1972.
- Feliú Cruz, Guillermo. “M. Carlos George Nascimento. Editor de la literatura chilena. Homenaje”. *Francisco A. Encina, historiador*. Santiago: Nascimento, 1967.
- Fernández de Córdoba y Calleja, Enrique. “125 años de la Editorial Calleja”, *ABC MANDRID* 27 de Junio de 2001: 16.
- Figari, Carlos. *Eróticas de la disidencia en América Latina: Brasil, siglos XVII al XX*. Buenos Aires: CICCUS, 2009.
- González Vera, José Santos. *Cuando era muchacho. Obras Completas Tomo I*. Santiago: Cociña, Soria Editores, 2013.
- Ledezma, Ana María. “Cosiendo identidades: representaciones de trabajadoras textiles en la publicidad. Chile a mediados del siglo XX”. Comp. Sonia Montecino Aguirre *Mujeres chilenas. Fragmentos de una historia*. Santiago: Catalonia, 2008. 253-265.
- Lyons, Martin. “Los nuevos lectores del siglo XIX: Mujeres, niños y obreros”. Cavallo Guglielmo y Roger Chartier (eds.). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998.

- Martínez, Lucía. "Óscar Castro (1910-1947)" *Anales de Literatura Chilena* 14 (2010): 297-300.
- Massardo, Jaime. "Los tiempos de Revista Babel". *Babel. Revista de Arte y Crítica*. Vol. 1. Santiago, 2008.
- Molloy, Sylvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: FCE. 1996.
- . *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012.
- Parada, Alejandro E. *El dédalo y su ovillo: ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2012.
- Petit, Michele. *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Poblete, Juan. *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales*. Santiago: Cuarto Propio, 2002.
- Sabella, Andrés. "Fotografía de la Casa de Nascimento". *Atenea* (Abril 1944): 59-64.
- Rinke, Stefan. *Cultura de masas: reforma y nacionalismo en Chile 1910-1931*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2002.
- Sarlo, Beatriz. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Norma, 2000.
- Subercaseaux, Bernardo. "Editoriales y círculos intelectuales en Chile 1930-1950". *Revista Chilena de Literatura* 72 (2008): 221-233.
- . *Historia del libro en Chile. Desde la colonia hasta el Bicentenario*. 3ª Edición corregida, aumentada e ilustrada. Santiago: Lom, 2010.